

libroscopio

Salvado por Miguel Hernández

El día de Sant Jordi caminaba paseo de Gràcia arriba, abrumado por las inmensas colas que tenían algunos presentadores de televisión e *influencers*, despachando sus libros al por mayor. Más arriba, en la Casa Seat, que está consolidando una programación cultural muy interesante, se anunciaba un homenaje a **Miguel Hernández** en el 80.º aniversario de su muerte; un recitado de poemas a cargo del actor **Jordi Brau** con el acompañamiento al piano de **María Poyatos** titulado con un verso suyo: "Solo quien ama vuela".

En la pequeña cola de entrada me parece oír la voz de Jack Sparrow y, de hecho, el que habla tiene un pelo largo canoso de bucanero. Es **Luis Posada**, actor de voz que dobla en España a **Johnny Depp**. Forma junto con **Jordi Brau** y **Oscar Barberán** un trío de tenores del mundo de los actores de voz, que además de al cine, también prestan su talento a muchos audiolibros.

Brau es la voz en España del añorado **Robin Williams** y de **Tom Hanks**, en castellano y catalán. Pero hoy se la presta a **Miguel Hernández**. Antes de iniciar el concierto, encuentro en la sala a un cráneo privilegiado, **Jorge Carrión**, que ha

Escuchamos la voz del propio poeta en la única grabación suya que se conserva, tomada en París en 1937



El actor **Jordi Brau** acompañado al piano por **María Poyatos** en el homenaje a **Hernández** ASÍS AYERBE

sido el conector entre Casa Seat y esta iniciativa de Jordi Brau y María Poyatos de recordar a Miguel Hernández.

En el escenario, la pianista dice que han querido "enlazar música y textos de manera íntima para que sea una lectura más vibracional". Al poeta de Orihuela, que era tan de campo y de la tierra, le habría llamado la atención que Jordi Brau no leyera sus poemas de una hoja de papel nacida de un árbol sino de una tablet hincada en un atril. Pero no importa de dónde vengan los versos porque Miguel Hernández está en ellos, cuando nos dice que "el aire tiene el tamaño del corazón que respiro" o que "por doler, me duele hasta el aliento". Como si quisiera gastar una broma a Jordi Brau desde el más allá, en el momento en que recita "las carcajadas disparatadas de

las granadas" la tablet se rebela. Pero no importa, porque ya Jordi Brau está tocado de la gracia de la poesía y todo vuelve al carril de los versos sin que se desate esa "tormenta hambrienta de catástrofes" que barruntaba Hernández.

La música al piano y las intervenciones de María Poyatos, con su voz fina y emocionada, contraponen esa voz de Jordi Brau que levanta los versos como "aceituneros altivos". El *Lamento* de **Chopin**, la *Dedicatoria* de **Enric Granados** o el *Claro de luna* de **Debussy**, más que acompañar, forman parte de los textos. Escuchamos en cierto momento la voz del propio Miguel Hernández en la única grabación suya que se conserva, tomada en París en 1937 cuando recaló de regreso de esa URSS que los republicanos de izquierdas visitaban con la misma fe ciega de los de derechas que iban al Vaticano. **Alejo Carpentier** le grabó unos versos dedicados a su querida **Josefina Manresa**, que suenan remotos, pero también hondos.

Jordi Brau nos cuenta, antes de recitar unos versos escritos en la cárcel, tras haber sido hecho preso al final de la Guerra Civil, que lo que más lo apena es no poder ver crecer a su hijo. En una carta su mujer le cuenta que le están saliendo los dientes, aunque de poco le van a servir porque solo tienen para comer un guiso de cebolla. Y como le quiere regalar algo y no tiene qué, su regalo son unas coplas: "La cebolla es escarcha / cerrada y pobre / Escarcha de tus días / y de mis noches". La foto que le manda su esposa del niño sonriendo es



La escritora **Elizabeth Geoghegan** MEGHAN ALLEN

Relatos La maestría de Elizabeth Geoghegan

Corregir la brújula interior

ANTONIO LOZANO

Pronóstico: igual que los cuentos de Hemingway o Carver son insoslayables a la hora de analizar ciertos tropos de la masculinidad en la ficción estadounidense de la segunda mitad del siglo XX, cualquier estudio literario futuro de miras amplias que busque entender cómo los relatos del mismo país reflejaban las inquietudes femeninas, los perennes lastres de la mujer pero también sus duramente ganadas cuotas de libertad y coraje, en el primer tercio del XXI, no podrá obviar la obra de la neoyorquina Elizabeth Geoghegan.

Bola ocho es la primera muestra de su producción corta en traducirse y, tanto si nos agarramos a la referencia explícita al título en una de sus páginas -3,5 gramos de cocaína, en argot- como a su acepción como una de las modalidades de billar a bandas, nos salen metáforas idóneas: porque cada pieza supone un chute, porque cada una de las ocho piezas es una esfera pulida que se desliza hacia su tronera (y el eco de su 'cloc' retumba en el interior del lector). Pero hay al menos una tercera posibilidad, las Magic 8 Ball, esas bolas negras que, a modo de oráculos de juguete, se agitan para revelar una respuesta a nuestras cuitas. Dada la confusión en la que navegan las protagonistas de estas historias, no parece osado aventurar cierta inspiración detrás del objeto.

Arranca fuerte el recopilatorio con *El chico árbol*, sobre cómo el deseo puede enmascarar un abuso -"mi brújula interior resulta totalmente inútil", declara la protagonista, refiriéndose a otra cosa pero avanzando esta-, para continuar con *La hora violeta*, donde una suerte de versión más adulta no puede evitar caer en una relación asi-

métrica pero encuentra la forma de desprenderse de sus miedos en un territorio hostil. Y en una de sus páginas hallamos una reflexión sobre el talento fotográfico que sirve de involuntario alumbrado de las propias dotes literarias de la autora: "Ese era el gancho de Billy: su habilidad para hacer de la adversidad algo bello, cristalizado en una sola imagen tomada en el instante preciso. Cualquiera podía enfocar y disparar, pero muy pocos eran capaces de mirar a través del objetivo y ver las cosas de verdad".

Hay un esfuerzo en todas estas criaturas por "ver las cosas de verdad", ya sea la farsa detrás de la Julieta de Shakespeare, el patetismo que envuelve la caza de marido con la inseminación como principal objetivo, la pantomima que mueve los viajes espirituales a Oriente, o los abismos a los que empuja la droga, pero, por encima de todo, circula una llamada a liberarse de fantasías en nuestras relaciones con los demás. A Geoghegan la unen conexiones evidentes con su madrina oficial, Lucia Berlin, como el interés por explorar el desmoronamiento y las contradicciones de la mujer desde la comprensión y la ternura, sin dramatismo y con un estilo limpio que se permite puntuales notas poéticas.

"Las únicas personas que me gustan son las que están locas: locas por vivir, locas por hablar, locas por ser salvadas", escribió Kerouac en *Los vagabundos del Dharma*. Ellas, en *Bola ocho*, están locas por vivir y hacerlo es ir descubriendo que nadie excepto ellas mismas pueden salvarlas. |

Elizabeth Geoghegan

Bola ocho

NÓRDICA. TRADUCCIÓN: BLANCA GAGO. 276 PÁGINAS. 18,95 EUROS

ANTONIO ITURBE

